



Queridos amigos:

A Bilbo Bolsón le gustaba sentarse a la puerta de la casa-agujero donde vivía con una enorme y larga pipa, y entretenerse haciendo círculos de humo. Le gustaba compartir esos momentos con los que pasaban por allí invitándoles a sentarse y dejar juntos pasar el tiempo disfrutando de la sin-preocupación de la vida. Más o menos así empieza la novela *El Hobbit*. Cuando el mago Gandalf llega entabla con él un pequeño diálogo que casi consigue sacar a Bilbo de sus casillas porque no deja de hacerle preguntas sobre las razones por las que dice lo que dice y por la insistencia en enrollarle en una aventura. “No queremos aventuras aquí, gracias”, le responde. Pero Gandalf no se da por vencido y con una treta consigue embarcarlo en una gran aventura donde aprende a conocer sus cualidades escondidas, a distinguir los peligros y afrontarlos, a reconocer a los verdaderos amigos y sentir las necesidades de los que le rodean...

La novela no es un ‘cuento de hadas’ como parecería. Hay sufrimiento, muertes y termina de manera extraña: Bilbo pierde su reputación entre la mayor parte de los suyos a los que les parece un raro. Gana, sin embargo, la amistad de “los elfos y el respeto de los enanos, magos y todas esas gentes que alguna vez pasaban por el camino”. Y también la admiración de una rama de la familia *Hobbit* (la rama Tuk, los aventureros, los que no tienen miedo a enfrentarse de verdad a la vida y a sus retos).

Hay un dato que aparece de refilón cuando Tolkien describe a los *hobbits*, que a mí me resulta muy sugerente. Estos seres tan parecidos a nosotros tienen “en los pies suelas naturales de piel y un pelo espeso y tibio de color castaño; y los dedos largos, morenos y mañosos”. Si los animales suelen estar dotados de instintos y formas corporales que les hacen hábiles para la vida que han de llevar, cómo no pensar que sucede igual en los demás seres de la naturaleza. Pero, ¿qué sentido tendría este tipo de pies en unos seres sedentarios, comodones, amantes de comer bien, limpios, tranquilos y que evitan siempre meterse en problemas...?

Gandalf sabe que los *Hobbits* no son eso que están viviendo, que están hechos para algo distinto: para pisar por caminos pedregosos, para resistir las largas marchas de la vida, para aguantar de pie frente a los reveses y pese a la aparente debilidad de su cuerpo y la pereza de su alma. Están dotados de algo que les dice que no se pueden quedar quietos, que están hechos para caminar, para buscar dónde está la verdad de su ser y que su camino está de alguna manera protegido como las suelas de sus pies...

Pues bien, esto me ha hecho pensar si Tolkien no estará hablando de algo que nos pertenece a los humanos a través de la descripción de los *hobbits*. Si no necesitaremos un Gandalf que nos haga descubrir que estamos dotados de cualidades que están a la vista pero que solo tienen sentido si las ponemos en movimiento en una aventura que nos saque de la vida despreocupada. Al principio Bilbo no sabía por qué había sido elegido, pero había algo en su interior que le impulsaba a mover los pies. De hecho después de haber dicho a Gandalf que no quiere aventuras y de haber renegado por la presencia molesta de los enanos en su casa, sale corriendo para llegar a tiempo al punto de partida y salir con ellos hacia lo desconocido.

Bilbo aprendió que lo mejor de lo que él era estaba escondido a plena vista, pero que solo salía a la luz cuando lo ponía al servicio de los demás (enanos, elfos, humanos...). Soportó dificultades, dolores, discusiones, acusaciones, dudas... pero al final pudo volver a su casa-agujero y sentarse a fumar su querida pipa, esta vez sabiendo

que su existencia no solo había valido para algo, sino que se había realizado de verdad, aunque los que se habían quedado sentados no lo entendieran. El sabía que la razón de que no lo entendieran es que ni siquiera entendían su vida, la razón de tener esos pies grandes y fuertes.

Como veis el Hobbit no es solo una novela de entretenimiento, es una invitación a descubrirnos, a reconocernos, a arriesgarnos. Nos reta a preguntarnos por qué y para qué hemos sido dotados de un corazón que puede compadecerse y amar, de una inteligencia que puede asombrarse del mundo y ejercitarse en comprenderlo, de una imaginación que puede dibujar alegría con su ingenio, de unos brazos que pueden terminar echando una mano... en este mundo difícil fuera de la casa agujero de nuestras tranquilidades. Pero todo puede deformarse y solo hay que recordar a *Gollum* (este es el lado deforme de nuestra vida cuando se ensimisma egoísticamente)

Bilbo Bolson necesitó a Gandalf para salir de su agujero. ¿Vendrá Gandalf a buscarnos a nosotros? En un novelista converso como Tolkien no sería infundado, reconocer en Gandalf una insinuación del mismo Dios o de Cristo que se dejaba caer y decía y sigue diciendo: “ven y sígueme en la aventura de la vida”.

Recibid, como siempre, mi saludo y mi oración.

Paco.